
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Dante Liano

«**Q**ué talento tan fascinante tiene Ud. en Centro América! [...] Hemos leído sus libros en un pequeño círculo amigo, con una admiración efusiva, prolongada y fraternal. Su *Hombre que parecía un caballo* es una de las lecturas perfectas que me ha dado la vida; sus versos eran ya vieja estimación mía.» Así escribe Gabriela Mistral, en mayo de 1927, a Rafael Arévalo Martínez. Sus palabras no pueden ser mejor testimonio de la opinión corriente en Hispanoamérica acerca de la obra del autor guatemalteco.

Desde la aparición, en 1915, de los relatos «El hombre que parecía un caballo» y «El trovador colombiano», la fama de Arévalo Martínez trascendió los confines nacionales y encontró resonancia en los principales escritores de la época. José Santos Chocano, Alfonso Reyes, José María Pemán, Rafael Cansinos Assens y el mismo Darío lo consagraron, definitivamente, como uno de los grandes autores del siglo.

Seymour Menton, estudioso de la novela guatemalteca, no duda en colocar a Arévalo Martínez al lado de Gómez Carrillo, mientras que Ramón Luis Acevedo, uno de los más acuciosos investigadores de narrativa centroamericana contemporánea, no tiene empacho en declarar: «El narrador centroamericano de mayor importancia vinculado al modernismo es, sin lugar a dudas, el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez». Existe, inclusive, un florilegio de opiniones favorables al autor en un pequeño volumen editado por el Ministerio de Educación de Guatemala, titulado *Juicios sobre Rafael Arévalo Martínez y lista de sus obras*.

Sin embargo, la bibliografía crítica sobre nuestro autor no es abundante. Cualquier investigador puede abarcarla con facilidad. Es más, la obra fundamental

de Arévalo, *El hombre que parecía un caballo* no ha conocido todavía una edición crítica. Al contrario, las sucesivas ediciones de la obra han tenido en consideración criterios bien distintos a lo que pudiera parecerse al rigor editorial.

Uno de los puntos más importantes para poder valorar la obra de Arévalo consiste en la fecha y el lugar de aparición. Si bien es cierto que la Guatemala de principios de siglo era un punto de reunión de los mayores poetas latinoamericanos, y si también es verdad que Arévalo se las ingeniaba para alternar con todos ellos, esos hechos no influyeron en la modificación del ambiente pueblerino de la capital. No cabe duda que la frase del señor de Aretal, en «El trovador colombiano», quejoso de que en esa ciudad no se puede leer a Platón ni a Bilitis, se refiere al provincialismo de la Guatemala de esos años.

No habrán sido mejores las condiciones de la ciudad de Quetzaltenango, en la profunda provincia guatemalteca, lugar de publicación de *El hombre que parecía un caballo*. Bajo la férrea dictadura cabrerista, las condiciones de la cultura no eran de las más avanzadas. Las veladas lírico-literarias, los juegos florales y los concursos literarios estimulaban un pomposo modernismo imitador de Darío o de Chocano, cuyo magisterio estaba en pleno apogeo.

Por haber sido escrita y publicada en época tan temprana, la narración de Arévalo Martínez sorprendió a la crítica. La decidida introducción del elemento fantástico, al lado de motivos modernistas, colocó al autor en la vanguardia literaria y le creó una aureola de genialidad, aun en los aspectos más aparentes de su vida. Su pasión por el ocultismo, sus aficiones esotéricas, su religiosidad extrema y sus arrebatos místicos hicieron el resto. No sorprenden, por eso, las palabras de la Mistral.

Uno de los problemas planteados por la obra reside en la dificultad de clasificación, sobre todo desde el punto de vista de una historiografía que tome en cuenta los llamados «movimientos literarios». Un lugar común sitúa a Arévalo Martínez en el modernismo. Sin embargo, basta una lectura atenta de sus obras y una cronobibliografía para darse cuenta de que la producción arevaliana rebasa temporal y estilísticamente al movimiento fundado por Darío. Es cierto que sus primeras obras son modernistas, que sus grandes maestros pertenecen al movimiento en cuestión y que, en fin, sus raíces se hunden en ese estilo y sus motivos. Pero Arévalo Martínez va mucho más allá.

La narrativa modernista había dado ya las pautas para que nacieran los grandes iniciadores del relato hispanoamericano contemporáneo. El orientalismo, el erotismo y el esoterismo de Darío imponen un uso refinado de la prosa, pero también una concepción de lo fantástico que generará después los alucinados relatos de Horacio Quiroga. La lectura baudelaireana de Poe dejó honda huella en los jóvenes que se iniciaban en las letras a principios de siglo. Así, no debe causar extrañeza que Arévalo Martínez desemboque en la literatura fantástica, proveniente del cultivo del exotismo dariano. Su *El hombre que parecía*

un caballo anticipa en dos años a los *Cuentos de amor, de locura y de muerte* de Quiroga, aunque la vena de ambos sea muy diferente. En Arévalo todavía queda el incienso del esteticismo orientalizante, el gusto aristocrático de las piedras preciosas, la vanidad de la unión sublime de las almas elegidas.

En ese mundo suspendido, de exquisito equilibrio y de armonía helénica, irrumpe, desaforado, el elemento fantástico, que reordena en forma bizarra la composición estática y provincial. Relaciones de oposición sustituyen a las relaciones de identidad. La vulgaridad se contrapone (pero también convive con ella) a la espiritualidad; la carnalidad proclamada destrona al erotismo insinuado; las fuerzas irracionales contrastan con la voluntad de orden del artista y lo obligan a explorar realidades sumergidas que luchan por emerger. El resultado es un relato alucinado y alucinante, cuya sorpresa quema como brasa y deslumbra como un diamante. Así lo vieron sus contemporáneos. Así sigue viéndose *El hombre que parecía un caballo*. Obra única, después de la cual un relato canónicamente modernista quedaba como obsoleto.

Desde temprana edad, Arévalo se había asomado a la escena literaria y había obtenido un rápido reconocimiento a su potencialidad poética. De esa manera, *Maya*, en 1911, es bien recibida en el ambiente artístico, y lo mismo sucede con el poemario *Los atormentados*, de 1914, y con la narración autobiográfica *Una vida*, publicada el mismo año. Sin embargo, ninguna de esas obras había hecho sobresalir a Arévalo Martínez de entre los poetas jóvenes modernistas. Nada presagiaba la explosión de mayo de 1915, con la publicación de *El hombre que parecía un caballo*. A partir de ese momento, su fama crece y rebasa los linderos nacionales. Y, sin embargo, su evolución literaria no sigue la misma traza.

Un afán desmedido de publicar lo hace imprimir textos notablemente desiguales. Así, mientras el volumen de poemas *Las rosas de Engaddi* (1918) puede considerarse como notable, no puede decirse lo mismo de los textos reunidos bajo el título de «El ángel» (1920), publicados como parte de la segunda edición de *El hombre que parecía un caballo*. Fácil versificador y dotado de un talento lírico poco común, Arévalo Martínez publica otros volúmenes de versos, que lo elevan a la categoría de poeta nacional.

Por lo que respecta a la narrativa, en 1922 publicó la continuación de *Una vida*. Bajo las semblanzas de *Manuel Aldano* se esconde la figura del autor y sus peripecias hasta 1914, año de composición de la novela. Más que una novela, nos hallamos delante de una autobiografía en dos partes, que tendrá su culminación en la novela *Hondura*, de 1947, auténtico *roman à clef* en el que aparecen los principales protagonistas de la vida guatemalteca bajo la dictadura de Estrada Cabrera.

Más importante resulta, desde el punto de vista de la historiografía literaria, *La oficina de paz de Orolandia*, una de las primeras novelas antiimperialistas escritas en Guatemala. También ésta proviene de una experiencia personal, pero

la intención satírica y el retraimiento del narrador a una especie de testigo-observador le dan una forma ficcional mucho más asequible que la de sus intentos autobiográficos. En 1927, publica *Las noches en el palacio de la Nunciatura*, una *nouvelle* que retoma el argumento de *El hombre que parecía un caballo*. La misma intensidad y el mismo fuego, los mismos protagonistas y los mismos conflictos, esta vez atenuados por una mayor sabiduría de vida y por un mayor señorío existencial. Bajo el influjo de la literatura anglosajona, Arévalo Martínez publica dos novelas utópicas: *El mundo de los maharachías* y *Viaje a Ipanda*. En ellas se da cuenta sobre todo de la evolución de su pensamiento hacia una concepción democrática e igualitaria de la sociedad. Pero hay más de ensayo que de ficción, y dicha prueba narrativa confirma una impresión general: Arévalo Martínez es más cuentista que novelista.

En efecto, la publicación de *El señor Monitot*, en 1922, completa la galería de sus hombres/animales, con cuentos escritos en 1915 y publicados por primera vez en esa fecha. La fulgurante inspiración que animaba a los dos primeros cuentos de la colección aparece de nuevo en esta publicación. Hay relatos maravillosos, de una plenitud y densidad que no desmerecen ante el esplendor de *El hombre que parecía un caballo*. Sólo una cierta pereza puede hacernos descuidar las complejidades psicológicas y fantásticas que caracterizan cuentos como «Nuestra señora de los locos» o la alucinante historia de «El hombre verde» (justamente escogido por Tentori para enriquecer la edición italiana), mientras resulta inexplicable que la historia de «El señor Monitot» no haya sido incluida en la edición más coherente, la de El Salvador de 1958. Ciertamente es que junto a estas joyas narrativas hay textos intrascendentes, pero ya se ha dicho del afán arevaliano por publicar casi todo lo que escribía. Lo cierto es que sus mejores cuentos logran desvanecer la mala impresión de los textos de poco valor.

Una nueva edición de *El hombre que parecía un caballo*, en 1951, permite a Arévalo publicar una serie de cuentos en los cuales se revela de nuevo su maestría en el difícil género. Recoge algunos relatos que había publicado en otros volúmenes, pero sobre todo publica por primera vez textos de un espesor nuevo, como «Por cuatrocientos dólares», un insólito relato largo y aventuroso sobre los avatares de un guatemalteco en la América del Norte. También se encuentran textos que iluminan su producción anterior, como «Canción Marina», salido de una frase de «El hombre que parecía un caballo». El resto pertenecen a una vena irreal que se desprende del vínculo de comparar animales con hombres y entran con pleno derecho dentro de la literatura fantástica hispanoamericana. Mientras que los dos relatos finales, «Complejidad sexual» y «La Farnecina», exploran sin hipocresías una temática sexual que ya aparecía, más recatada, en sus cuentos de 1915. De todas formas, la adhesión de Arévalo Martínez a la literatura fantástica y su talento para la narrativa breve se refina y confirma en sus dos últimos libros de cuentos: *Cratilo y otros cuentos* y *Cuatro contactos con lo sobrenatural*.

Teatro y ensayo no son su fuerte. En cambio, bastante tarde en su carrera literaria, Arévalo Martínez sorprendió a sus lectores, en 1942, con un poderoso volumen de nombre *iEcce Pericles!*, extraordinaria y documentada descripción de la dictadura de Estrada Cabrera. El libro constituye un monumento literario e histórico, por sí solo capaz de justificar la carrera de un gran escritor. A lo largo de sus 800 páginas el autor enfrenta el tema desde diversos ángulos, poniendo al servicio del relato sus extraordinarias dotes de narrador. El libro se vale de las técnicas clásicas de la historiografía: documentación, entrevista, investigación bibliográfica y hemerográfica para darnos un retrato estremecedor y muy vivo de la existencia bajo una dictadura. Su concepción de la historia anticipa en años las nuevas teorías que buscan revalorar la participación de «la gente común» como sujeto histórico, y sus anécdotas entrelazadas ponen en crisis el concepto de la historia como *grand récit*. Por otro lado, la técnica de la narración también anticipa a la literatura llamada del «post-boom»: el pastiche, la parodia, el ensamblaje de diversos materiales (recortes de periódicos, párrafos de libros, discursos, fragmentos de poesías, exclamaciones apócrifas, etc.) van conformando la masa de la narración. Un hallazgo fuera de lo ordinario lo constituye la introducción, sin paráfrasis, de las memorias del obrero Silverio Ortiz, una especie de anticipación de lo que después sería el «testimonio» hispanoamericano. Reportaje literario, libro de historia modernísimo, testimonio novelado, la hibridez del *iEcce Pericles!* lo convierte, sin duda, en una intuición genial de la producción postmoderna. Pero sobre todo, se trata de un monumento literario indiscutible, un punto de apoyo fundamental para la conformación de la conciencia democrática hispanoamericana. Sobre ese modelo, trató de repetirse con la publicación de *Ubico*, retrato de la dictadura de los 14 años en Guatemala, pero los resultados fueron francamente inferiores. *Ubico* es más desmadejado, tiene menos investigación de fondo, aletea, en él, un aire de repetición que hace decaer frecuentemente el interés de la lectura. Sin lugar a dudas, las dos grandes obras de Arévalo Martínez son, pues, el *iEcce Pericles!* y *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*.

Existía, por eso, la necesidad de realizar una reconstrucción filológica del libro *El hombre que parecía un caballo*. El cuento del mismo nombre se había mantenido intacto. En cambio, el volumen completo había sufrido tal cantidad de revisiones, transformaciones e intervenciones ajenas que se había vuelto imposible determinar cuál era la verdadera colección de cuentos que se amparaba bajo aquel título. Uno de los objetivos de la presente edición consiste en reconstruir dicho libro, tomando en cuenta las intenciones del autor y la lógica interna de los relatos.

Esta edición trata de abarcar la mayor parte de los problemas planteados por el libro. Se ha procedido, pues, aparte de la edición crítica propiamente dicha, a reproducir, en apéndice, los otros cuentos que han aparecido bajo el nombre de

El hombre que parecía un caballo. De esta manera, el lector interesado puede tener a mano todo el corpus de la obra arevaliana.

Los estudios críticos elaborados para esta edición están divididos en dos partes: Historia del texto y Lecturas del texto. La primera parte se inicia con un estudio de Arturo Taracena Arriola, intitulado «Arévalo Martínez y la Guatemala de los años 10». Según Taracena, dentro de la dictadura de Estrada Cabrera, Arévalo optó por la marginalidad y «privilegió el contacto con los remisos a la dictadura». Taracena confronta a Rafael Arévalo Martínez con su contemporáneo, Máximo Soto Hall, quien expresa «la actitud ambigua asumida por la *intelligentzia* guatemalteca ante el proyecto del liberalismo», ambigüedad que se refleja en una doble enajenación: frente a lo indígena, rechazo; y frente a la cultura «externa», inferioridad. Taracena señala el antiimperialismo de Arévalo, expresado en *La oficina de paz de Orolandia* y su adhesión al partido de oposición, el Unionista. Por último, observa que nuestro autor influyó en Asturias, sobre todo en la ambientación del personaje y del régimen de *El señor Presidente*.

Para trazar una biografía de Rafael Arévalo Martínez, Ana María de Quezada escribe «Génesis y circunstancia de “El hombre que parecía un caballo”». La autora traza un límpido retrato del autor: la infancia, el viaje a San Cristóbal Verapaz, la adolescencia, la juventud y el fracaso en la búsqueda de empleos y, por último, el período de creación literaria de la primera juventud.

La contribución de Gerald Martin se propone seguir, en el intertexto arevaliano, «la automodelación de un escritor». Con un método «intuitivo» Martin se propone «utilizar sus obras literarias [...] para trazar el proceso mediante el cual Arévalo alcanzó su redención e incluso su salvación en y a través de la escritura». Comienza, así, una apasionante lectura, no sólo de *El hombre que parecía un caballo*, sino de otros textos del autor, que demuestran cómo Arévalo «comenzó con el propósito aparente de revelarlo todo, de desnudarse totalmente [...] y terminó dándose cuenta de que esconderse y guarecerse era imprescindible si quería seguir viviendo en paz». Martin examina, entonces, el texto como un camino de revelación/ocultación, pasando por la temática homosexual hasta llegar a establecer el momento en el cual Arévalo se convierte en narrador de lo fantástico en virtud de la aceptación de la existencia fantasmática de lo Otro.

Sigue un estudio de las fuentes de Arévalo Martínez para la composición de su libro, escrita por el coordinador de esta edición. Se comienza con la inevitable Madame Blavatsky y su *Doctrina secreta* para llegar a otras de mayor envergadura. De esta manera, siguiendo las pistas que el mismo texto deja diseminadas, se establece la presencia del pensamiento de Nietzsche, de Schopenhauer, de Spinoza, de Emerson y Carlyle. En el aspecto científico, se logra evidenciar que la doctrina de Lavater y Lombroso llega a Arévalo filtrada por un librito de divulgación de Feuchtersleben. Probablemente, la aportación más significativa

es el establecimiento de *Monsieur de Phocas*, de Jean Lorrain, como fuente fundamental de la obra arevaliana, a través de varios rasgos significativos. Por último, el estudio de las fuentes permite reconstruir parte de la vasta cultura de Arévalo y, lo que es más importante, su manera de concebir diferentes aspectos de la realidad.

Daniel Balderston se ocupa de la relación entre Arévalo Martínez y Porfirio Barba Jacob en su artículo «Amistad masculina y homofobia en “El hombre que parecía un caballo”». El autor señala el lenguaje del deseo en algunos fragmentos de la obra, mientras que la calidad del texto, de tan obvia, provoca que el crítico no sienta más la necesidad de exaltarlo, sino más bien de estudiar su recepción y su función en la historia literaria hispanoamericana desde el punto de vista de la teoría homosexual. Barba Jacob construyó su vida como una representación literaria, dice Balderston, mientras que Rafael Arévalo Martínez la construyó en la repetición compulsiva de la fascinación/repulsión.

Sobre el tema de las relaciones entre el artista y su modelo, José Mejía escribe «Para olvidar a Porfirio Barba Jacob en “El hombre que parecía un caballo”». Según Mejía, el encuentro entre ambos artistas tiene el valor de una fábula. «La relación de Arévalo Martínez con Porfirio Barba Jacob», dice, «nos recuerda la relatividad de toda conducta». La prodigalidad intelectual del primero encuentra el escollo de la falta de experiencia y la intolerancia del último. El moralismo del narrador es «insignificante» y su retrato de Aretal lo revela como un pusilánime. Así que el debate se inclina hacia la relación entre conducta personal y obra artística. Conclusión: lo que es verdad en el cuento («la intrascendencia de Aretal como poeta», consecuencia de su conducta frívola) no lo es en la realidad. De allí la diferencia entre Aretal, personaje ficticio, y Barba Jacob, persona real.

La segunda parte, «Lecturas del texto», se inicia con un trabajo de Arturo Arias: «Caballo viejo de la sabana *versus* perro hambriento: la estética simbólica como eje narrativo». La tesis de Arias es que en dos cuentos de Arévalo se discute la figura del artista, planteado en dos modelos: el caballo y el perro. El narrador es dominado por el caballo y busca dominar al perro. El caballo es el artista original pero inconsciente. El perro, el artista bohemio. Para el narrador, el más válido es Aretal, que privilegia sus pasiones por encima de la razón. En el apartado sucesivo, Arias analiza agudamente la influencia de Nietzsche en la obra de Arévalo y concluye afirmando que «dos relaciones de poder terminan en dos abandonos».

Lucrecia Méndez de Penedo, por su parte, en el artículo «Rafael Arévalo Martínez: el hombre que parecía una grulla», sostiene que el relato sigue el mismo esquema del proceso místico. Hay un contrapunto semántico entre Narrador y Aretal: bien/mal; espiritualidad/sensualidad; virilidad/homosexualismo; y otros. El contraste no es neto y tajante sino denso y complejo. Porque

la unidad en la diversidad es una idea fundamental en Rafael Arévalo Martínez. Tema metafísico del relato: el conocimiento místico. Dentro del ser humano conviven un elemento masculino y otro femenino, un elemento místico y uno sensual: sólo el arte logra la armonía de los contrarios y el poeta de Rafael Arévalo Martínez es el superhombre espiritual. El centauro es la unión.

Por su parte, Sophie Féral se ocupa de «La animalidad en los cuentos de Rafael Arévalo Martínez». Sophie Féral desarrolla aquí un interesante estudio sobre el nahualismo de origen maya quiché. Parte del *Popol-Vuh*, en donde señala diversos casos de transformaciones de hombres en animales. Sigue una definición muy articulada de la creencia en el «nahual» con variadas referencias antropológicas. Por último, estudia la infiltración del nahualismo en la cultura ladina a partir de la leyenda de *Tecún Umán* y, luego, saltando a los años cuarenta, con dos ejemplos literarios clásicos: *El nahual* de Francisco Méndez y *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias. También señala la presencia soslayada de la idea de la animalidad en otros autores guatemaltecos. El trabajo de Féral se cierra con un análisis de «La signatura de la Esfinge», en el que trata de relacionar el cuento con la cultura guatemalteca.

Ramón Luis Acevedo, en su intervención, intitulada «“El hombre que parecía un caballo”: el texto y su significación», se basa en la teoría del espejo de Lacan. En efecto, el narrador se tiende como una sábana para reflejar al otro, se asoma narcisísticamente al pozo del alma del señor de Aretal, se tiñe de su color y la relación se viene abajo «en silencio, con divino equilibrio de cristales». Por último, Acevedo pasa a una interpretación sociológica del cuento. Basado fundamentalmente en las propuestas de Rama para el escritor modernista, señala que «“El hombre que parecía un caballo” puede interpretarse como una reflexión sobre el escritor, como el progresivo desenmascaramiento de su índole inauténtica, a pesar de su talento».

Francisco Nájera estudia la intertextualidad en la obra de Arévalo Martínez. Según Nájera, *Una vida*, «El hombre que parecía un caballo», «El trovador colombiano» y *Manuel Aldano* forman un ciclo que terminará con *Las noches en el palacio de la Nunciatura* y «Canción marina». Ello por «la intertextualización que caracteriza a los textos arevalianos». Todos tienen un «sentido unitario», pues «elaboran la biografía del poeta decadente». «El hombre que parecía un caballo» es la historia de un narrador anónimo, quien descubre la naturaleza equina de su amigo y, al hacerlo, descubre también la naturaleza divina de su relación. El otro es un mensajero divino (idea tomada del espiritualismo propio de la época). En el alma de su amigo puede percibir a Dios, y, por ende, su propio aspecto visionario. Su conclusión es que el personaje «visionario, capaz de percibir el aspecto animal de los seres humanos», reaparecerá en otros cuentos, pero en ninguno de ellos será el poeta decadente atormentado por la duda religiosa. Sin embargo, no puede desecharse la afirmación del propio Arévalo: el

haber compuesto un vasto rompecabezas, «hasta concebir el cosmos que él ha elaborado».

Los estudios críticos se concluyen con un análisis estilístico de «El hombre que parecía un caballo» y de «El trovador colombiano», que lleva la firma del coordinador de esta edición, Dante Liano. En ambos relatos, se hace la cuenta y se elabora la significación no sólo cuantitativa de sustantivos y adjetivos, de símiles y metáforas. También se estudian las figuras sintácticas: las estructuras bimembres, trimembres y los paralelismos. Enseguida, se muestra cómo Arévalo abunda en sentencias, como rasgo particular de estilo; se describe la sintaxis narrativa y se termina por buscar la simbología interna de cada narración. Ello nos lleva a descubrir las transformaciones semánticas profundas de cada relato y su significación final.

A los estudios críticos específicamente realizados para esta edición, se ha añadido un Dossier, que se inicia con dos artículos de Arévalo Martínez. En el primero, el autor cuenta el proceso de composición de la obra. Sus declaraciones hay que tomarlas con sumo cuidado, pues refuerzan la construcción autobiográfica de una genial posesión inspiradora. Por otro lado, tiende a confundir, pues señala dos falsas fuentes (Stendhal y Zweig). Ni Stendhal compuso la obra que le atribuye ni Zweig había publicado la *Confusión de los sentimientos* en la fecha de la «inspiración» para su obra. En el segundo, con motivo de una polémica en la que se le descubrió un «préstamo» poético hecho a Barba Jacob, Arévalo Martínez señala con energía la paternidad de su «El hombre que parecía un caballo», y para confirmarlo, reproduce un fragmento del auténtico libelo con que lo atacó el mismo Barba Jacob en 1928. Por ese motivo, se reproduce, en el siguiente apartado, el violento ataque del poeta colombiano, ataque que parece había escrito muchos años atrás y que sólo entonces decide publicar. La tercera parte del Dossier es un itinerario crítico que recoge algunas de las principales contribuciones analíticas sobre «El hombre que parecía un caballo». El artículo de Ramón Luis Acevedo ha sido incluido en cuanto se ocupa de «Las fieras del trópico», cuento que antecede, con mucho, a la novelística de la dictadura. Le sigue un ensayo de Santiago Argüello, de 1944, cuyo mérito estriba en darnos una visión general de la poesía arevaliana. Todos los demás ensayos enfocan, desde diferentes perspectivas, la producción de nuestro autor, y resulta de interés especial la contribución de Mario Alberto Carrera sobre la narrativa utopística. De indispensable publicación es el artículo de Graciela Palau de Nemes, una de las autoras más citadas por los estudiosos de Arévalo Martínez. El Dossier también contiene un reposado y agudo artículo de Antonio Pagés Larraya y la apasionada apología de Alberto Velázquez. Este último artículo adquiere mayor relieve si se reflexiona rápidamente en las circunstancias en las cuales fue escrito. Arévalo había sido Director de la Biblioteca Nacional durante toda la dictadura de Ubico. La revolución que derrocó al tirano relevó a nuestro autor de su

encargo. Al mismo tiempo, las nuevas generaciones de escritores adherían con entusiasta compromiso a los ideales revolucionarios. De esos autores, dos se van a convertir en estandartes de la literatura guatemalteca contemporánea: Miguel Ángel Asturias y Luis Cardoza y Aragón. Curiosamente, hasta la consagración de esos dos escritores, Arévalo había sido considerado el mayor poeta nacional. Luego de su destitución del cargo de director, queda como relegado en un capítulo de la historiografía literaria, sin el papel protagónico que había tenido hasta entonces. Por eso, la «Apología de Rafael Arévalo Martínez», en un acto de consagración como poeta nacional, suena más que todo a un canto del cisne, a la glorificación antes del paulatino abandono. Hemos incluido, también, un artículo de María Antonia Salgado, una de las primeras estudiosas en abordar en forma seria y definitiva la obra de nuestro autor. Es de notar cuán diferentes son las reacciones, según la época, y cómo, a veces, el fuego de una polémica o el fragor de la ideología puede oscurecer el juicio literario. La mayor parte de artículos se refieren, sin embargo, a la cuestión literaria, y se nota la unanimidad del juicio desde los comienzos. Siempre Arévalo Martínez fue considerado un gran autor.

Se han incluido, por último, dos secciones «instrumentales»: un cuadro cronológico que permitirá ubicar al autor dentro de las coordenadas de su tiempo y una bibliografía que, se presume, es la más completa hasta la fecha.

Con esto, se pretende presentar la más completa edición posible de *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*. La intención es la de dar, al fin, al lector hispanoamericano, uno de los mayores textos de su literatura en forma integral, fidedigna y definitiva. Creemos haber logrado nuestro objetivo y, de paso, haber rendido al maestro guatemalteco un homenaje que desde hace años se estaba esperando.